

Cohesión social

Eugenio Tironi

La Cumbre Iberoamericana puso en boga un término que parece sacado de manual de sociología: cohesión social.

Chávez declaró que no le gustaba; que preferiría que habláramos derechamente de “revolución” social. A su modo, puso al descubierto lo que nadie quería reconocer abiertamente: que estamos ante un vuelco ideológico de proyecciones.

La noción viene inequívocamente de la Unión Europea. Ésta la define como una “comunidad de individuos libres” que se apoyan, “bajo medios democráticos”, en el objetivo de “asegurar el bienestar de todos sus miembros, minimizando disparidades y evitando la polarización”. Aquí asoma una larga tradición de pensamiento, para la cual el orden es una difícil y frágil construcción social, que descansa básicamente en un Estado que garantiza a sus ciudadanos igual acceso a ciertos derechos fun-

damentales, y no el resultado automático de la naturaleza humana, del designio divino o de la mano invisible del mercado. En esto convergen las dos grandes tradiciones que han dominado y siguen dominando el paisaje político del viejo continente: la tradición socialdemócrata, con su énfasis en el Estado y los derechos sociales, y la social-cristiana, con su acento en la familia y la vida comunitaria. La cohesión social, por eso mismo, es una bandera que apela a la identidad europea moderna, y es clave en su estrategia de reposicionamiento en el mundo en general, y en América Latina en particular.

Hasta el último tercio del siglo 20 -aunque bajo diversas denominaciones-, la cohesión social fue un vector central de la reflexión latinoamericana y de sus políticas públicas. Prácticamente desapareció del horizonte a fines del pasado siglo, con la sustitución en la mente de sus clases dirigentes de la

matriz europea por otra de corte estadounidense. En ésta, la cohesión social se ve como algo natural, que se pierde sólo en circunstancias excepcionales. Ella resulta automáticamente de instituciones que protegen la propiedad privada y promueven la libertad y la ética individual, más una sociedad civil autónoma y el cultivo de un relato y una simbología nacional; todo esto articulado por el mercado y motorizado por una expectativa de movilidad social asociada al mérito y el esfuerzo (el “sueño americano”). Este tránsito de un modelo de cohesión social al otro es lo que da inteligibilidad a los cambios experimentados en los últimos 30 años en la región, especialmente en Chile.

Dicho lo anterior, ¿tiene sentido introducir en el debate actual el concepto de cohesión social? Definitivamente, sí. Nuestros países están entrando a una nueva fase. Los problemas relacionados con la desi-

gualdad, la integración comunitaria, la vida familiar, el cuidado del medio ambiente, la seguridad y calidad de vida, toman un lugar cada vez más sobresaliente. Las falencias del modelo imperante para hacer frente a estas nuevas demandas resultan evidentes. Y los más diversos actores políticos y sociales están dispuestos a reflexionar sin prejuicios sobre temas que, hasta hace poco, eran tabú.

En tal contexto, después de décadas de predominio sin contrapeso del pensamiento economicista-liberal de corte estadounidense (el llamado “consenso de Washington”), el retorno de Europa a la agenda latinoamericana, enarbolando la bandera de la cohesión social, resulta muy saludable. Siempre y cuando, claro está, no se busque imponer ahora el “consenso de Bruselas”, y se acepte que América Latina busque su camino propio hacia una cohesión social que responda a su original trayectoria histórica.